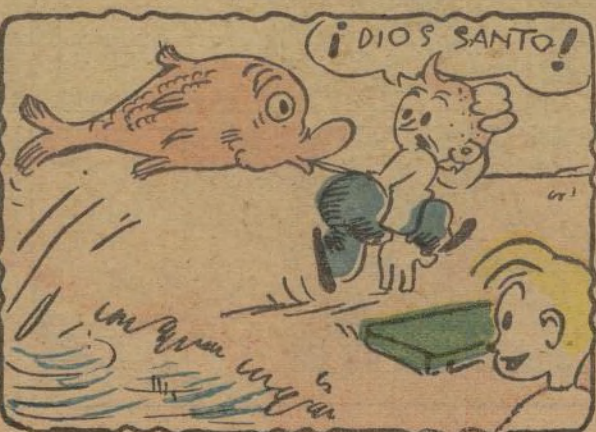
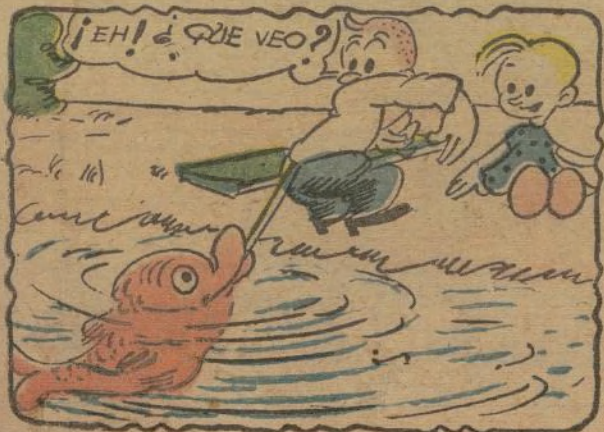
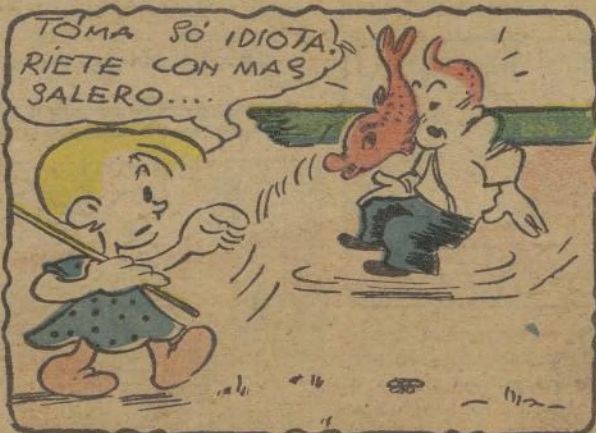


AÑO VI.—NUM. 248

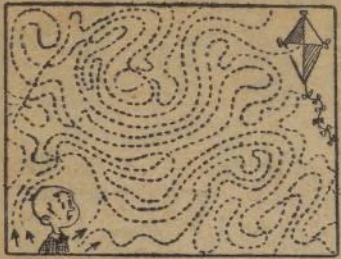
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 8 de febrero de 1934

Pesca inesperada



AMENIDADES



¿Cuál de los cuatro hilos es el que sostiene la cometa? Eso es lo que debéis averiguar vosotros.

UN CUADRADO MÁGICO

Un periódico inglés, "The Monist", al tratar de los cuadrados mágicos de Benjamin Franklin, reproduce una carta de éste dirigida a un amigo suyo con varios cuadrados, entre los cuales aparece el siguiente de ocho por ocho casillas, cuyas propiedades son las siguientes:

1.ª Sumados los ocho números

52	61	4	13	20	29	36	45
14	3	62	51	46	35	30	19
53	60	5	12	21	28	37	44
11	6	59	54	43	38	27	22
56	58	7	10	23	26	39	42
9	8	57	56	41	40	25	24
50	63	2	15	18	31	34	47
16	1	64	49	48	33	32	17

de cada fila, vertical u horizontalmente, se obtiene un total de 260, y la suma de los de la mitad de cualquier fila o columna da la mitad de 260.

2.ª Una fila de ocho números ascendente y descendente en sentido diagonal, es decir, formando caballete, da también 260, como por ejemplo, si se parte del 16 se sube hasta el 10, y desde el 23 se baja hasta el 17. Las líneas paralelas a éstas dan asimismo 260, etc., etc.

Sumados los números de las cuatro esquinas con los cuatro del centro, se obtiene la misma cantidad: 260.

Es, pues, un cuadrado mágico que parece perfecto en su clase.



Félix pesca en el río Duero. Lo que no nos dice el autor de esta sublime obra de arte, Manuel Martínez, de diez añitos de edad, y de Tarancón (Cuenca) es lo que pesca Félix; nos suponemos que no será una ballena. ¿Verdad, Manolito?

LOS NAUFRAGOS DEL 'AIRON'

CAPITULO XXXVI

Guerra sin cuartel

A unos cien pasos avanzaban entre las hojas y las hierbas varios cuerpos negros, que se arrastraban con precaución.

Eran diez o doce, armados todos con fusiles.

—¡Apunta bien!—murmuró Albani poniéndose la cerbatana en los labios—. ¡Vienen derechos a la caverna!

Las dos flechas partieron, produciendo un li-



gero silbido. Los dos piratas que aparecían en primera fila se levantaron rápidamente, lanzando gritos de dolor, mientras sus compañeros descargaban sus fusiles a la ventura, pues no veían a los acometedores. Mientras tanto, nuestros amigos se habían deslizado con toda velocidad hacia la caverna, y acumularon con gran prontitud las piedras hasta tapiar la entrada formando una barricada, haciendo rodar las rocas que abundaban en la primer caverna, mientras "Basilio", con sus fuerzas prodigiosas, ayudaba a sus amos en la tarea.

A todo esto se oía vociferar fuera a los piratas, que gritaban como condenados y disparaban de cuando en cuando los fusiles. No habían podido ver desde dónde les lanzaron las flechas; no dieron con la entrada de las galerías, pero no deberían tardar en descubrirla.



Los tres Robinsones y el orangután continuaban sin cesar en su tarea, acumulando piedras sin descanso, y así consiguieron tapiar la entrada de la segunda galería. Empezaban a obstruir el corredor, cuando oyeron voces de triunfo en el otro extremo.

—Nos han descubierto—dijo Enrique.

—¡Pero no entrarán!—agregó Albani—. Tenemos más de doscientas flechas, y ya sabemos que nuestras armas son eficaces. Y si nos sitian, llevan para largo; tenemos víveres para diez meses.

—¡Pero carecemos de agua, señor!—repuso Picolo—. ¡No tenemos repuesto más que para ocho días escasos!

—Nos llegará, amigos, nos llegará. ¡No hay que tener miedo! ¡Confiemos en Dios!

La situación de los Robinsones era bastante grave, pues los piratas, furiosos con la muerte de cuatro de sus compañeros, parecían decididos a vengarlos y a intentarlo todo para poner la mano encima a los habitantes de la isla.

Como eran muchos y, además, estaban armados de fusiles y tenían piezas de artillería, no podían confiar mucho los naufragos en la resistencia que ofrecieran las barricadas que habían levantado. Sin embargo, nuestros valientes amigos no se amilanaban. En lugar de perder el tiempo discutiendo, continuaban trabajando incansables, acumulando rocas y piedras en el corredor. Terminados todos los preparativos de defensa, volvieron a la primera



caverna, para observar los movimientos del enemigo.

El ataque no comenzaba todavía. Oían hablar a los piratas, que, de cuando en cuando, disparaban contra la barricada o golpeaban las piedras furiosamente con las culatas de sus fusiles. Parecía que deliberaban o que esperaban socorro.

En aquel momento resonó un disparo, que despertó los ecos de la caverna e hizo ponerse en pie a todos los animales; un pirata había metido por entre las piedras el cañón de un fusil y había disparado, sin conseguir otro efecto que armar un estrépito de mil diablos.

—¡Desperdician la pólvora!—dijo Enrique riendo.

Los disparos se sucedían con una frecuencia indescriptible. Sin embargo, los miserables, con-



vencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, parecieron cambiar de medio de ataque. Los momentos eran críticos y angustiosos.

FIN DEL CAPITULO XXXVI

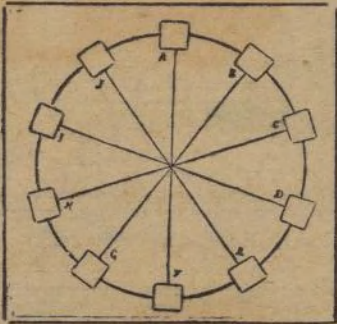
No dejéis de leer el capítulo siguiente, titulado "Guerra sin cuartel", que publicaremos en nuestro próximo número, y en el que la emoción y el interés culminan.

PASATIEMPOS

UN CIRCULO DE CUADRADOS

He aquí un problema, tan curioso como instructivo, de los que ponen a prueba la habilidad de los aficionados a las matemáticas.

En cada uno de los diez cuadrados que hay en este círculo hay que poner un número diferente, de tal manera, que la suma de los cua-



drados de cualesquiera dos números adyacentes sea igual a la suma de los cuadrados de los dos números opuestos a ellos. Por ejemplo: los cuadrados de A y B unidos deben dar la misma suma que los cuadrados de F y G; y los cuadrados de B y C deben dar lo mismo que los de G y H, y así en todos los casos.

Hay que advertir que en este problema no se admiten fracciones, ni números de más de dos cifras.



Ante esto hay que descubrirse, y si vais a "pelo", compraos en seguida un sombrero para saludar a Luz S. de Tejada, y decirle: ¡Benditos sean tus seis añitos, preciosa! Porque hay que ver el dibujo tan requetosalado que nos manda la diminuta Lucecita, que, como siga así, va a ser un foco de mil bujías. ¡El que se atreva a hacer mejor una huida a Egipto, que lo diga! ¡A que no hay quien lo haga! ¡Enhorabuena, Luz!



Bimbete busca a sus dos hermanitos, y, cansado ya de andar, se sentó tranquilamente. ¿Dónde están los hermanitos de Bimbete?

—Limosna para un pobre ciego.
—¿Dónde está el ciego?
—Viendo aquellos retratos.



"el niño y la abuela" LEYENDA JAPONESA

Una vez era una pobre mujer viuda, que tenía un hijo. El niño tenía buen corazón y todas las gentes le amaban. Un día, el muchacho le dijo a su madre: "Todos los demás chicos tienen abuela y yo no la tengo. Esto me da mucha pena." "Te buscaremos una abuela"—dijo la madre.

Un día se presentó una vieja mendiga, muy pobre y muy débil. Al verla el niño, le dijo: "Tú serás mi abuela." Se fué en busca de su madre y exclamó: "Ahí afuera hay una pobre; yo quiero que sea mi abuela." La madre se mostró conforme y la mandó que entrase.



Pero la vieja estaba muy sucia y muy llena de miseria. El niño dijo a su madre: "Ven, vamos a lavar a la abuela." La lavaron a conciencia y la quitaron todos los pequeños animalitos que tenía en el pelo, y, según se los iban quitando, los fueron echando en un puchero, que llenaron hasta arriba. La abuela dijo entonces: "No los tiréis; enterradlos en el jardín. Y no los desenterréis hasta que venga el agua grande." "¿Y cuándo vendrá el agua grande?"—preguntó el niño. "Cuando los ojos de los dos leones de piedra de la plaza se pongan rojos, entonces vendrá el agua grande"—respondió la abuela.

Entonces el niño fué a ver corriendo a los leones; pero sus ojos no estaban rojos. La abuela le dijo: "Haz un barquito de madera y guárdalo en una cajita."



Así lo hizo el niño. Todos los días iba a la plaza y se quedaba mirando a los leones. Un día, un tendero de la plaza le preguntó por qué iba todas las mañanas a ver a los leones. Y el niño repuso: "Cuando los ojos de los leones se pongan rojos, entonces vendrá el agua grande." El pollero se rió mucho, y aquella noche cogió un frasco de pintura y, para burlarse del niño, pintó de rojo las pupilas de las estatuas. A la mañana siguiente, cuando el niño vio que los ojos de los leones se habían puesto rojos, fué corriendo a ver a la abuela, y ésta le mandó que desenterrase el puchero del jardín y que sacara el barco de la cajita. Así lo hizo el muchachillo, y vió con asombro que el puchero estaba lleno de perlas preciosas; y el barquito fué creciendo, creciendo, hasta convertirse

en barquito de verdad con su vela.

Entonces comenzó a llover. La lluvia caía del cielo cada vez con más fuerza, y, finalmente, fueron ya ríos y torrentes, que lo inundaron todo. El agua llegaba a los tejados, pero el niño y su madre navegaban tranquilamente en el barquito. La abuela había desaparecido. Subido a un árbol vieron a un hombre que pedía socorro, y le salvaron metiéndole en el barco.

Poco a poco fueron bajando las aguas. Salieron entonces del barco y se despidieron del hombre al que habían salvado. El barco volvió a hacerse pequeño y lo guardaron en la caja nuevamente. Pero el hombre a quien libraron de ahogarse había visto el puchero lleno de finas perlas, y, sintiéndose acuciado por la codicia, acusó a la madre y al niño de haberle robado un puchero lleno de perlas. Los condenaron, pero entonces llegó un cuervo, con una carta en el pico, y se la en-



tregó al juez. Y la carta decía así: "Peregriné por el mundo disfrazada de mendiga. El niño y su madre me recogieron y no tuvieron repugnancia de mi suciedad. Por eso les salvé del agua grande con que las hadas castigamos a la ciudad pecadora en que ellos vivían, y por eso les regalé las perlas. Ponlos en libertad, pues, si no lo haces, te castigaré cruelmente, ya que soy un hada muy poderosa."

El juez se convenció entonces de la codicia del malvado y puso en libertad a los acusados, castigando al traidor. Cuando madre e hijo regresaban a su casa vieron en la plaza de una ciudad una muchedumbre de gente, y explicaron que la hija del rey se quería casar. Pero que lo haría con el que encontrase en qué litera estaba escondida la princesa. Y en



la plaza había diez mil literas, y al que se equivocaba al señalar, le cortaban la cabeza. El muchacho vió que sobre una litera estaba parado el cuervo que llevó la carta, y dijo a grandes voces. "En aquella litera está la princesa." La abrieron y, efectivamente, estaba allí.

Con gran pompa y regocijo se celebraron las bodas, y el muchacho llegó a ser rey, viviendo muy querido y estimado de sus súbditos, y muy feliz con su madre y con su esposa.

LOS TRES AVENTUREROS

CAPITULO V

La tragedia del "Akron"



Tres días de mortal incertidumbre transcurrieron para los camaradas, que, encerrados en su camarote, no tenían noción de los países y tierras que atravesaban. Al cuarto día, el "Akron" comenzó a balancearse ligeramente. Los prisioneros escucharon un ruido sordo y prolongado, como el del trueno. Polo se subió sobre los hombros del coloso, y haciendo un esfuerzo abrió el estrecho ventanillo del camarote. Una tremenda ráfaga de viento hizo caer al muchacho rodando por el suelo. Se desencadenaba, sin duda, una terrible tormenta. El "Akron", cogido en pleno núcleo tormentoso, oscilaba sensiblemente. El viento silbaba con furia, y en la oscuridad de la noche, los relámpagos iluminaban las paredes de la aeronave. El trueno se



dejó oír con estrépito, y de lo hondo subió un mugido amenazador, en el que Boston reconoció el chocar estrepitoso de las olas. El dirigible volaba sobre el mar.

De pronto se abrió la puerta del camarote, y un marinero entró en la estancia: "¡Fuera!"—dijo tan sólo—. Los tres aventureros salieron al pasillo central y allí les sorprendió un silencio de muerte. Tan sólo se oían las voces de mando del comandante, que dictaba las órdenes con voz seca y cortada, como pistoletazos. "¿Qué ocurre?"—preguntó Polo a un marinero—. "Nos ha cogido una espantosa tormenta, y..." No pudo continuar. Un crujido horrible estremeció la nave, y los marineros corrieron de un lado a otro aterrizados. "¡Quietos!"



—gritó el comandante empujando una pistola—. ¡Al que se mueva, al que grite, al que dé un solo paso, le mato como a un perro! Los marineros se quedaron inmóviles: en las pupilas del capitán brillaba un relámpago de decisión, y comprendieron que sería capaz de hacer lo que decía. Los instantes eran críticos y decisivos; el dirigible, bruscamente, dió un violento bajón. El rostro de los tripulantes se puso lívido.

La cabina de la sala de aparatos se abrió en aquel momento, y el radiotelegrafista de a bordo apareció pálido y demudado: "¡Mi capitán!—exclamó—, la 'radio' no funciona... No podemos pedir auxilio!" Otro golpe espantoso hizo casi dar una vuelta de campana al aparato, y para dar más horror a la escena, el je-



fe de máquinas entró en la sala grande: "¡Mi comandante! ¡Solamente funcionan dos motores!"—gritó con angustia.

Al oír esto se inició la desbandada. El "Akron", cogido por un terrible huracán, comenzó a dar saltos extraños y raros. El comandante pretendió imponerse, pero los marineros, poseídos del pánico, no obedecían a sus órdenes: "¡Quietos!"—rugió el jefe—, cada uno a su puesto. Los marineros, atemorizados, cargaron sobre él. El comandante disparó su pistola, y un marinero cayó herido en un brazo. Pero en dos segundos fué desarmado por los marinos, que se lanzaron como locos al cuarto donde se guardaban los salvavidas. El dirigible, ya sin mando, comenzó a girar vertiginosamente



te a merced del vendaval. Se oían gritos ahogados, exclamaciones, ayes. Los hombres comprendían la tragedia y no sabían encontrar un recurso salvador. Las voces de mando eran desobedecidas, y un clamoreo impresionante poblaba los ámbitos del dirigible.

Polo, Rafa y Boston se habían refugiado en un ángulo de la sala. Iban a correr en pos de los marinos, cuando un estallido pavoroso estremeció la barquilla, destrozada por un rayo. "¡Sálvese el que pueda!"—gritó una voz—. Boston cogió una banqueta y de un golpe formidable hizo trizas el grueso cristal de uno de los ventanales. "¡Al agua! ¡Tiraos! pronto, antes de que nos absorba el torbellino! ¡Al agua!"

El infeliz Rafa temblaba como un azogado: "¡Salvaos vosotros. Yo no sé nadar—balbució—. El dirigible dió un brusco tirón, y ya casi perpendicular-



mente inició la caída. Viendo Polo que Rafa no se atrevería jamás a lanzarse, le cogió fuertemente y, ayudado por Boston, lanzaron al muchachillo fuera del dirigible. "¡So...co...rró..."—se oyó gritar al infeliz—. Boston y Polo se lanzaron casi simultáneamente tras de él. Los tres cuerpos cayeron en el vacío haciendo cabriolas. Los motores del "Akron" estallaron en aquel instante, y envuelto en llamas, el gigantesco aparato cayó al mar.

En la negrura de la noche, las llamas alumbraron unos minutos las olas embravecidas, que se alzaban como montañas, y, confundidos en la furia del oleaje, cuerpos humanos se debatían nadando a la desesperada.

El mar acababa de tragarse al "Akron" y a sus tripulantes.

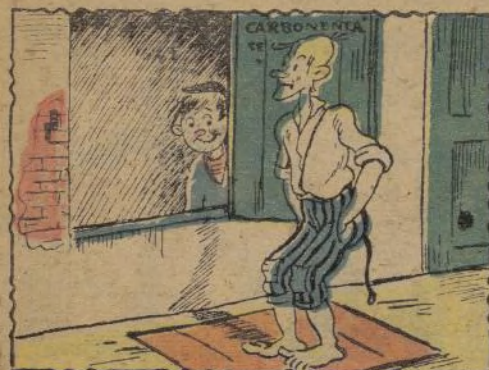
Fin del capítulo V

REGALOS DE JUGUETES

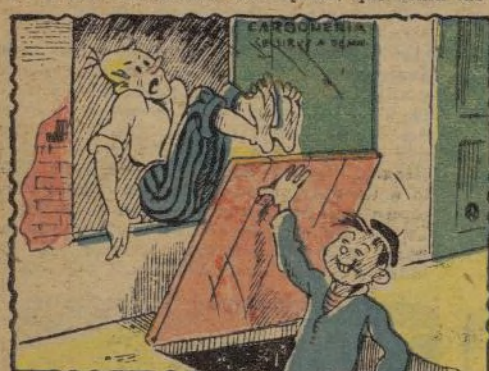
a los consumidores del ARROZ GRANITO

Remítase por correo este anuncio y tres saquitos vacíos del Arroz Granito a Ferrer Hermanos, Arroces, Valencia, y en seguida se en-
dirección que se indique—un bonito juguete. Señálese
si de niño o niña

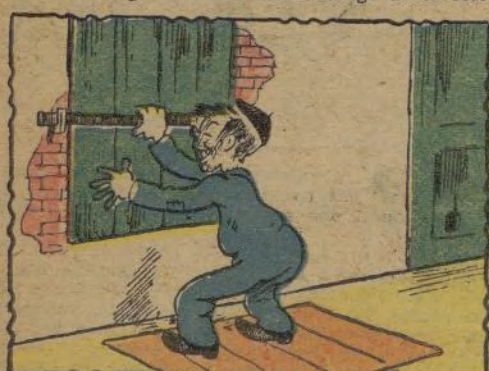
Cascarilla



Cascarilla continuaba sin empleo, y como veía el porvenir muy negro, decidió pedir trabajo en una carbonería que se encontró casualmente. Pero el malvado roñillo Malospeles, que tenía las



intenciones más negras que el cielo de la tienda decidió jugar a Cascarilla una mala pasada, y dando la vuelta por el sótano, apareció por escotillon largándole a nuestros amigo un directo



que le hizo entrar por la fuerza a la tienda. Luego, y para que no se escapase, atrancó bien la puerta y comenzó a reírse él solito su hazaña. Pero Cascarilla que no era manco ni tonto, dió



a su vez la vuelta por la cueva, y le largo a Malospeles un directo con la trampilla, que le hizo estrellarse contra la propia trampa que el malvado gofillo había preparado



¡Anda con ella Tragacantos! ¡Si la echas de casa, te regalo una ración de callos a la marinera! ¡Guau! ¡Guau! ¡Anda con ella que ya es tuya! ¡Mi señora tía política, como me

Repollo



Repollo estaba aquel día muy contento, porque le habían dado el primer premio en el concurso de feos de la verbena de su barrio. Como quería probar las condiciones de saltarín de



perro Feote se puso a jugar con él, incitándole a que cogiese su flamante sombrero, honra y orgullo, como sabría, de Repollo, pues no se le quitaba nunca ni para bañarse, y le tenía en mas



estima que si fuera de platino. Como Feote sabía más que un saltamontes, Repollo para hacerle rabiar, fué subiendo poco a poco la altura en que colocaba el sombrero. Pero Feote que es



taba ya unas mijas de más "mosqueado" en el carrerilla... y la catástrofe. Repollo se quedó sin su cubrecabezas, y más triste que si le hubiera tocado la lotería en un décimo falso.



¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Súcio! ¡Fuera de mi casa! ¡Prefiero tener una cotorra parlanchina, antes que una edición de los negros africanos!

PRISIONEROS DEL MAR



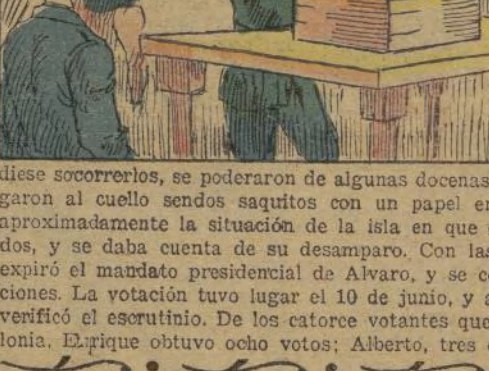
Enrique describió a sus compañeros las características de las tierras que había explorado, particularmente de la "bahía del desengaño" y de sus numerosos refugios donde tan fácil les hubiera sido instalarse si antes los hubieran conocido. Añadió, sin embargo, que no valía la pena de mudar de habitación y abandonar la cueva del español, cuya céntrica situación también era muy favorable. En los días que siguieron, comenzó la campaña de preparación del próximo invierno, y era de ver cómo los dos hermanos Enrique y Pablo riva-



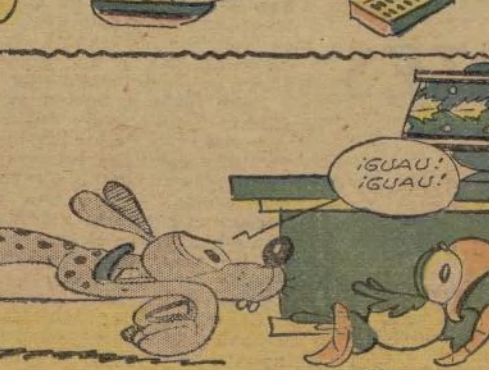
lizaban en realizar los trabajos más penosos, como en explotación, su duda, de alguna falta cometida. A comienzos de marzo, Alberto e Ignacio, con un par de compañeros, salieron a explorar los terrenos pantanosos que se extendían a la izquierda del río, ante su misma gruta. Atravesaron la corriente en la canoa, y calzándose unos magníficos zancos que Ignacio había preparado, pudieron evitar las molestias de la humedad. A su paso se levantaban millares de aves acuáticas: becadas, anades, gallinetas, cercetas, hermosas zancudas



el hombre más formal, más trabajador y más abnegado de la colonia. El no pensaba siquiera en su elección, pero ninguna candidatura tenía tantas probabilidades. Con los estudios y trabajos, todos alternaban los ejercicios físicos, para conservar la salud: trepaban a los árboles, probaban saltos de altura y anchura con largas pértigas, se bañaban y aprendían natación, hacían carreras, se practicaban en el manejo del lazo y jugaban a los tejos y otros juegos sencillos y divertidos. En uno de éstos, estalló una vez una chispa



ces; él se abstuvo, y Alvaro, que también se abstuvo, logró un voto de Enrique. Este, al verse elegido, hubiera renunciado, por su modestia; pero considerando que en aquel puesto preeminentemente podría con mayor eficacia consagrarse al bienestar de sus compañeros, aceptó. Alberto no pudo disimular su desilusión y su despecho.



Los primeros días, pasaron, sin embargo, en perfecta tranquilidad. Los unos, tendiendo trampas y visitándolas todos los días, los otros, echando en el río las redes y recogiendo las llenas de hermo-

LA COTORRA SABIA



sa de la rivalidad que Alberto abrigaba en su pecho contra Enrique. Aquel acusó a éste injustamente de haber quebrantado maliciosamente las reglas del juego, y ante tan baja acusación, a punto estuvo Enrique de perder su serenidad y llegar a las manos con su difamador. Intervino Alvaro, que supo imponer enérgicamente su autoridad, dando la razón a quien la tenía y alejó a Alvaro de los demás hasta que reconociese su falta. Volvió a la gruta a la hora de acostarse, sin dar señales de arrepentimiento, antes demostrando



los ejemplares, otros, cazando en los pantanos próximos. Se observaba, no obstante, que Alberto y sus secuaces se apartaban en cuanto podían de sus compañeros, entretenidos en cuchicheos y cabildos misteriosos. Antes de recluirse definitivamente en la cueva durante los grandes fríos, Enrique ideó sustituir la bandera que flotaba en el mástil de señales sobre el acantilado, y que por fuerza sería destruida por los temporales, y poner en su lugar un gran globo hecho con juncos, de los que crecían a orillas del lago, que



sería visible desde varias leguas a la redonda. Ignacio fué el artífice del nuevo artefacto, que pronto quedó fabricado y enclavado en el mástil, en una expedición hecha con tal finalidad. El viento saltó pronto al oeste y motivó espantosas borrascas. El termómetro bajó a ocho grados bajo cero, y la superficie del lago se heló para todo el invierno. Esto proporcionó, no obstante, en los días claros una nueva distracción a nuestros amigos, que salían a patinar por la tersa superficie helada, encontrando un higiénico ejercicio. (Continuará)



¡Se me ha escapado! ¡Pero dónde se habrá metido esa canalla de cotorra! Como me la encuentre, me hago un traje de baño con su piel.



¡Pero esto es un perro o una foca? ¡Ay mi tía, que me va a poner la casa hecha una carbonería! ¡Ay que me da un mareo! ¡Ay cómo lo ha puesto!

LA COTORRA SABIA



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Súcio! ¡Fuera de mi casa! ¡Prefiero tener una cotorra parlanchina, antes que una edición de los negros africanos!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

LA COTORRA SABIA



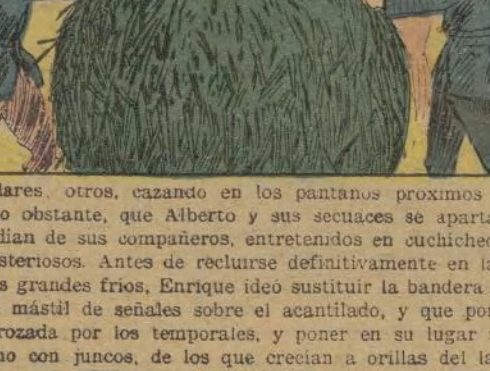
¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

LA COTORRA SABIA



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

LA COTORRA SABIA



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



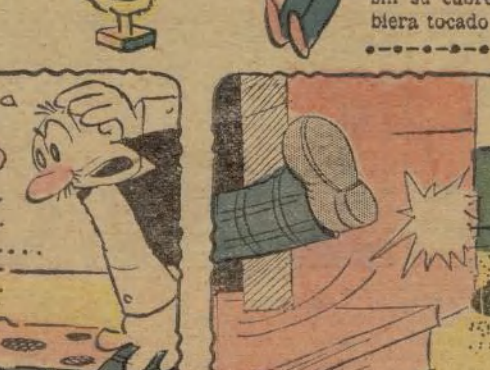
¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

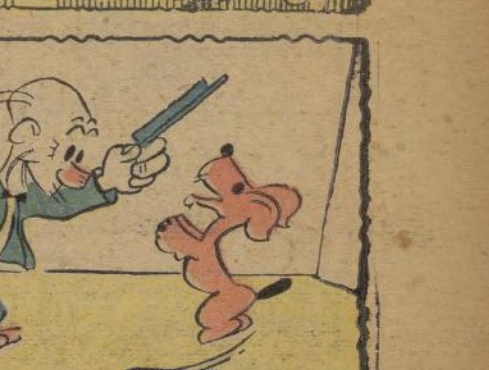


¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

LA COTORRA SABIA



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!



¡Hum! Me parece que ese pajarro se ha escondido en este tubo. ¡A fe de Tragacantos que me la trago! ¡A la una, a la dos... y a las tres!

EL HUMOR DE POLITO



A Polito le gustan con delicia los huevos pasados por agua, y cada día los pide en el desayuno, porque después de untar en ellos riquísimas



rebanadas de pan con mantequilla, se improvisa con la cáscara una horrible nariz postiza, con la que pega



terribles sustos a la pobre Nemesia, su doméstica. Como veréis, Polito es un muchacho de mucho cuidado.

LA ASTUCIA DE UN RAPAZ



En la guerra de los Siete años, un soldado ruso, que merodeaba por las alquerías y corrales, buscando alguna presa que le permitiese variar y mejorar por su cuenta el menú del rancho, vino a hallar a un pastorcillo que apacataba en una cañada un pequeño rebaño de corderos. El soldado no se compadeció de la responsabilidad del muchacho, y echando el ojo a la mejor pieza que pastaba,



la arrebató violentamente y se la llevó consigo. Nada consiguieron las protestas, las súplicas, las lágrimas del pobre zagal, y mucho menos, naturalmente, los esfuerzos con que desesperadamente quiso salvar aquel corderito que le había sido confiado. El soldado, insensible, echó a correr con su presa, y llegó al campamento, donde varios camaradas se dieron un inesperado banquete a costa de aquel pobre niño pastor. Y nadie temió

ninguna desagradable consecuencia, porque vaya usted a encontrar en un regimiento a un soldado a quien no se ha visto más que una sola vez y por breves momentos.

Pero el ladrón no contaba con la serenidad y con la astucia del pastorcillo burlado. Ni corto ni perezoso, éste se presentó al coronel, y le dió cuenta del atropello que con él se había cometido. El coronel, hombre de sentimientos justicieros y que había dado severísimas órdenes contra los depredadores, se conmovió ante las lágrimas del niño, y le prometió hacerle justicia, compensándole los perjuicios que se le habían causado.

—¿Conocerías tú al que te robó? —le preguntó el coronel.

—Creo que sí, señor! El coronel manda al instante que forme todo el regimiento, sin que nadie pueda excusarse por ningún motivo. Cuando todas sus tropas estuvieron alineadas, se presenta ante ellas su jefe, acompañado del pastorcillo. Ante aquella multitud de hombres uniformados entre los que parecía haberse borrado toda nota diferencial, cabía desconfiar del éxito de la empresa. Pero, con gran asombro del coronel, vió éste que el muchacho comenzaba a recorrer las filas y a examinar a los

soldados no por delante y por las caras, sino por detrás y por las espaldas, por donde la uniformidad era mayor todavía, y no podía apreciarse diferencia alguna.

De pronto, el rapaz se detuvo, y señalando enérgicamente con el dedo a uno de los soldados, exclamó: —«Este es!».

Y efectivamente; aquel era el ladrón. Lo había reconocido por una mancha roja que llevaba en el



cinturón. Aquella mancha se la había hecho el muchacho mismo cuando intentando defender su corderillo, había luchado con el soldado, y le había cogido por el cinturón teniendo la mano manchada con el minio con que solía marcar las piezas de su rebaño.

Ni que decir tiene que el pastor recibió una cuáplida indemnización y que el soldado pagó por muchos días en el calabozo su vituperable falta.

ERROR FATAL



El doctor Antiparras, que no veía tres en burro, daba su paseo por el campo buscando plantas raras para su colección botánica, cuando



vió que entre las hierbas colaba una cosa larga y flexible. Pensando que fuese la bicha, se lió con ella a palos, cuando vió con asombro



que ante sus narices se alzaba una mole, que comenzó a sacudir cada cox, que al pobre doctor le curaron de sus manías botánicas.

Aventuras de Tarugo y Perdigón



Los cuatro compinches tuvieron que desistir de su idea de "noquear" a los pilluelos, pues éstos no abandonaban el refugio de mamá Tecla, a la que los compinches temían más que a un nublado. Por lo tanto comenzaron a jugar.



Pero en cuanto les vieron metidos en la partida, los pilluelos se fueron con el cuento a mamá Tecla, y ésta salió más furiosa que un toro bravo, emprendiéndola a "cates" con los jugadores y castigando a dos a que trabajasen.



Así que desapareció la señora, Trabucazo y el sabio, que habían escapado de la quema, vinieron a buscar a sus compañeros, proponiéndoles el proseguir la partida en una gruta secreta, que sólo ellos conocían en el país.



Los cuatro emprendieron la marcha, pero Tarugo y Perdigón les siguieron la pista, y en cuanto los tutores se colaron en la caverna, los dos pilluelos comenzaron a fabricar una trampa sobre la chimenea de la caverna.



Como los hermanitos habían previsto, los jugadores pasaron de la gruta a la caverna, donde estaba preparada la trampa, y entonces Tarugo y Perdigón movieron los tobillos en dirección a su casa, para informar a mamá Tecla.



Pero cuando llegaron al hotel, la mamá estaba leyendo entusiasmada una noticia, en la que decían que lo mejor para adelgazar era no comer más que una vez a la semana, desayunar cada dos meses y saltar a la comba.



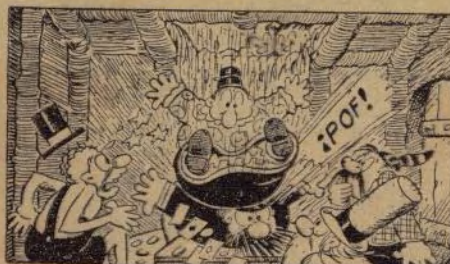
Entonces Tarugo y Perdigón, como buenos hijos que eran, animaron a su mamá a que saltase a la comba, y diciéndola que eso de no comer era muy bueno; pero que siguiese haciendo la misma comida, que ellos se la comerían.



Mamá Tecla, entusiasmada, seguía saltando con la misma agilidad que una tortuga y la misma gracia que un cangrejo de río. De esta forma los pilluelos la llevaron hasta el sitio en que habían preparado la trampa.



Y la pobre mamá Tecla, que era más infeliz que un cubo, entró en barrana, inesperadamente, desapareciendo como por escotillón. Al caer en el vacío, la buena señora lanzó un berrido que hizo estremecerse a los árboles.



Y cuando los jugadores estaban más abstraídos en su partida, y en el momento emocionante en que Terre-Moto cantaba veinte en bastos, mamá Tecla cayó sobre el capitán, que creyó que se le venía encima una ballena.



Aquello fué la guerra europea en tres jornadas. Las panteras son de Java, pero mamá Tecla era peor que una pantera, pues no dejaba titere con cabeza. Las bofetadas se oían en Calcuta, los puntapiés en el Cairo.



Los jugadores, bien baqueteados pudieron, al fin hacerse oír, y fué entonces cuando la señora comprendió que la faena se la habían jugado sus dos angelitos. Y como no podía tolerarlo, se dispuso a entrar en "funciones".

EN SERIO Y EN BROMA



Las angulas son las crías de las anguilas. Esto que parece cosa obvia, no lo sabían hace poco ni los sabios, antes por el contrario, se tenía por solemne disparate. Las angulas nacen en el mar, a profundidades que a veces llegan a mil metros. Luego se van acercando a las costas. Las hembras se transforman en angulas amarillas y remontan los ríos, donde pasan a veces cuatro y cinco años. Luego se tornan plateadas, y vuelven al mar, para no regresar jamás a los ríos.



—Felipe, ese maldito piano sigue oyéndose igual que antes. ¿Cerraste la puerta?
—Sí, señor. Pero volveré a dar otra vuelta a la llave.



La cantidad de alimento que el cuerpo humano toma directamente del aire—hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, carbono—es tres veces mayor que la que nos proporcionan los demás alimentos sólidos y líquidos que ingerimos. Estas cantidades se representan proporcionalmente en los dos panes del dibujo.



—¡Camarero! En mi vida he sudado tanto como para partir esta chuleta.
—¡Oh, muy bien, señor! Cerraré la ventana para que no se constipe.



Los mosaicos son de origen oriental, pero fueron los romanos los maestros en trabajarlos y quienes los generalizaron en la metrópoli y en los pueblos sujetos a ellos. Con esmaltes o piezas de mármol de diversos colores componían ma-

ravillosos cuadros de bellísimos matices. En tiempos de Constantino adquirió este arte su mayor importancia. El mosaico que reproducimos representa una máscara trágica, y fué encontrado en Pompeya.



—¿Cómo quieres salir de paseo enseñando las puntas de los dedos por los guantes rotos?

—No te preocupes, mamá; mojaré la punta de los dedos en el tintero.



La altura proporcional de los paralelogramos representa las diversas alturas que alcanzaría el agua de lluvia que cae anualmente en tres diversas regiones del mundo, si toda ella se conservara sobre el suelo.



—¿Pero cómo eres tan zoquete, niño? ¿Qué va a ser de ti cuando seas mayor y no sepas leer?
—Me haré maestro, y enseñaré a leer a los demás.

—¿Y por qué no trabaja tu padre o busca alguna colocación?
—Pues ya está haciendo lo posible por entrar en una casa de banca.

—¿Por recomendación?
—No, señor, por la alcantarilla.
Juan Cabeza, 13 años,
Olvera (Cádiz)



Con el calor que el sol emplea cada año en evaporar el agua terrestre, se podrían derretir cinco montañas de hierro tan altas como el Vesubio.



—Cuando yo era pequeño, se me veía, pero no se me oía. ¿Te enteras?

—Sí; pero es que tu papá sería sordo.

EL RETRATO DEL TÍO BLAS

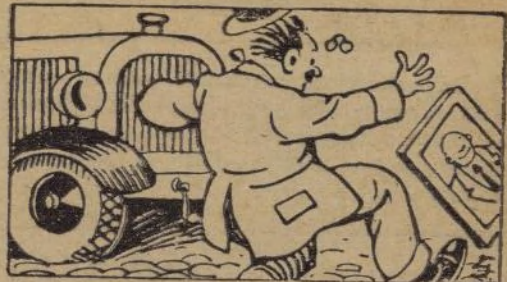


Don Procopio tenía un tío rico; pero era como si tuviera una mina en Marte, porque el tío Blas era más roñoso que un ochavo mo-runo, y por no dar, no daba ni la mano al salu-dar. La señora de don Procopio, para con-graciarse con el tío Blas, había mandado pintar un retrato suyo, que figuraba en el puesto de honor de la casa. Pero ni por ésas. El tío Blas vió el retrato una vez, y se abrochó la ame-ricana. Con esto, la tirria que don Procopio iba almacenando hacia su opulento pariente no

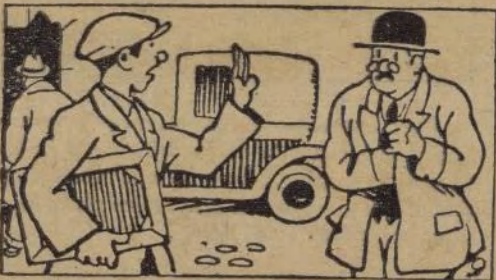
le cabía en el cuerpo, y un buen día, despecha-do, decidió deshacerse de aquel retrato abor-recido. Pero ¿qué haría de él? Lo cogió, salió de casa, entró en una tienda de cuadros viejos, y, dejando entre ellos su odiosa carga, salió pitando. Pero el dueño, que le había visto man-pular con sus artículos, le detuvo cariñosamente: "¡Caballero! No se marche usted. Este cuadro, que, por lo visto, le gusta, no es tan caro. Cuesta sólo 200 pesetas. Fíjese bien, caballero. Puede figurar en su casa como un



ascendiente ilustre, y hasta se parece a usted una enormidad. ¡Lléveselo, créame, y habrá hecho una buena adquisición!" Don Procopio no tuvo más remedio que sacudirse la cartera y soltar los cuarenta pavos que tan amablemente le pedían. Por la calle iba echando chispas. Al cruzar la calle vió que un camión se echaba sobre él, y rápido soltó el retrato bajo las mismas ruedas del vehículo. Pero en el acto se oyó un chirrido, y el camión paró en seco. El chófer saltó a tierra, recogió el re-



trato y lo ofreció a don Procopio, exclaman-do: "Suerte que soy un as del volante, caba-llero, no le he hecho papilla en efígie a ésta, que debe de ser un querido ascendiente de usted, porque en la cara lo lleva pintado. Y don Procopio se sacudió otro pápiro de la car-tera. En esto llegaba ya a su casa, y viendo a un golfllo a mano, le dijo: "Toma, te re-galo este cuadro de Velázquez." Pero en el mismo instante, oh maldición, paraba un "taxi" ante su casa y de él se apeaba el mismí-si-



mo tío Blas en persona. Don Procopio se que-dó sin aliento. Cogió al golfllo por la solapa y le pidió el cuadro que le acababa de regalar; pero el randa, que sabía más derecho que Pa-piniano, le dijo que "lo que se da no se quita", sino sacudiéndose la tela, y el infeliz don Pro-copio tuvo que vaciarse el bolsillo para res-catar el maldito cuadro. "¿Pero qué es esto?" —gritaba subiendo las escaleras el tío Blas—. ¿Qué ibas a hacer con mi retrato? Ibas, qui-

zá, a venderlo?" "No, querido tío—intervino al quite la señora de don Procopio—; es que, ¿sabe usted? Procopio le quiera a usted tan-to, que no sabe estar un instante sino vién-dole a usted, al menos en pintura..." "En ese caso—dijo el tío Blas—, en vez del collar de perlas que pensaba regalarte para el día de tu santo, os enviaré otro retrato mío, mejor hecho que éste." Don Procopio quedó allí mis-mo de cuerpo presente.



Nautilo Pompillo



Serpiente de anteojos

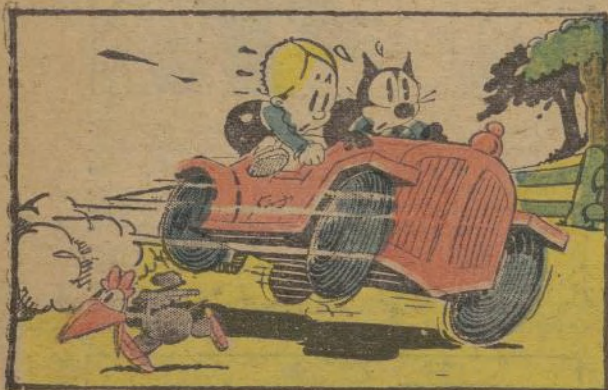


Pulpo común

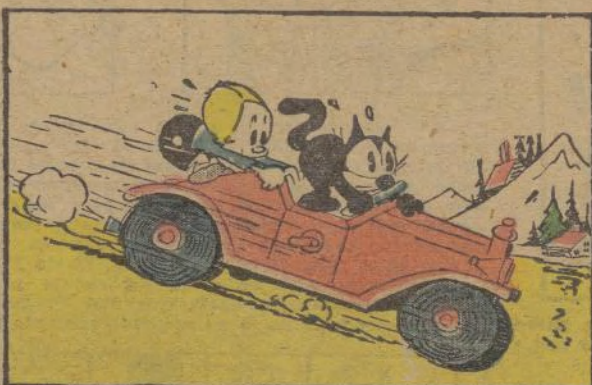


Ostracion cornudo

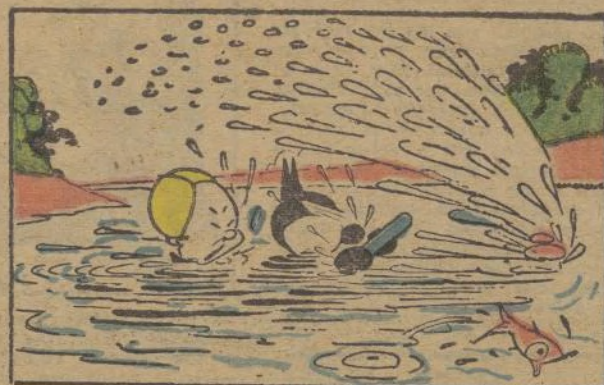
ANDANZAS DE GATO FELIX



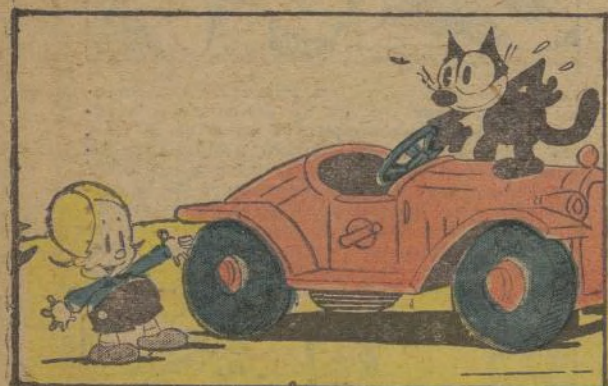
El "auto" misterioso continuaba su loca carrera a través de los campos y los caminos. Félix y Bimbete apelaban a todos los procedimientos para conseguir que se parase aquel "auto" maldito, al que no se le concluía la cuerda.



Zanjas, baches, empalizadas, los veinte caballos del cochecito por lo visto eran caballos de carreras de obstáculos, pues el "auto" cohete se los saltaba a la torera con una limpieza que para si quisieran los toreros malos.



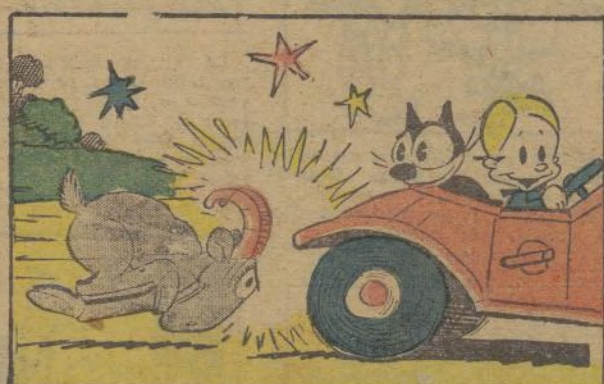
Y de pronto vino a parar en el peor de los obstáculos, que era un río que se les cruzó en el camino. Y como no era cosa de quitar el río, se zambulleron en él dispuestos a que sucediese lo que tuviera que suceder.



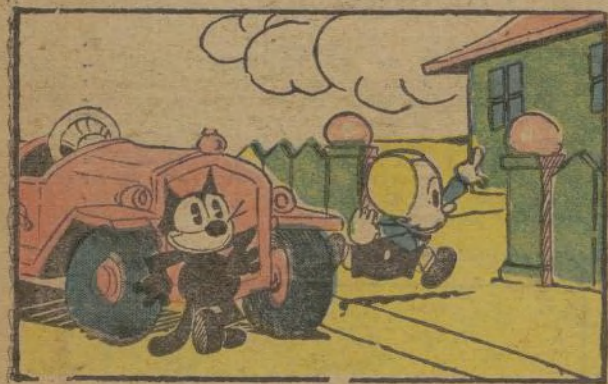
Pero el "autito" era más castizo que una mazurca, pasó el río con la misma facilidad con que vosotros pasaríais un par de huevos fritos con tomate. Félix y Bimbete se mostraban contentísimos. El "auto", con el baño, se había parado.



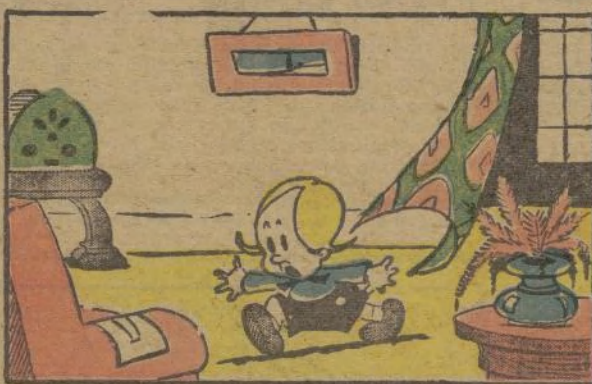
Pero entonces se planteó un problema más difícil que si hubiese sido de logaritmos, y es que, si antes no sabían pararlo, ahora no acertaban a echarlo a andar. Félix vió por allí a la cabra pintada, y tuvo una idea luminosa.



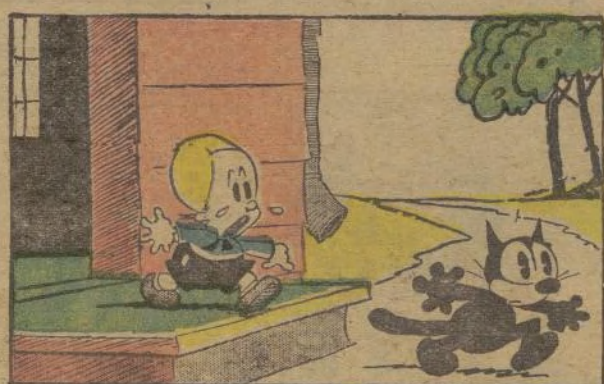
Y fué esta idea de diez mil bujías: la de atizar a la cabra pintada un ladrillazo a "modo". La cabra pintada era mucho más bestia de lo que suelen ser las cabras pintadas, y así que recibió el "mandao", arremetió contra el coche.



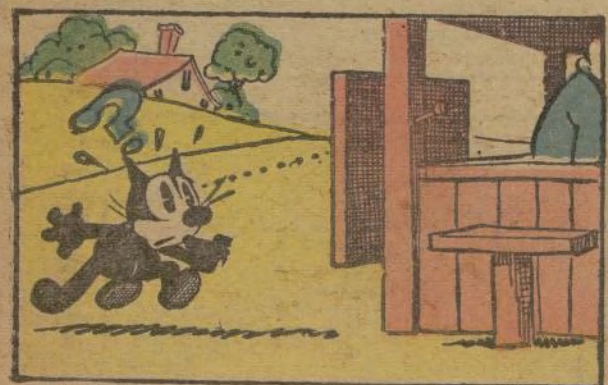
Y fué tanto el ímpetu del testarazo de la cabra pintada, que el cochecito arrancó como un cohete y vino a parar junto a la puerta de la casa de Bimbete, que estaba impaciente por ver a su papá, que le creería perdido.



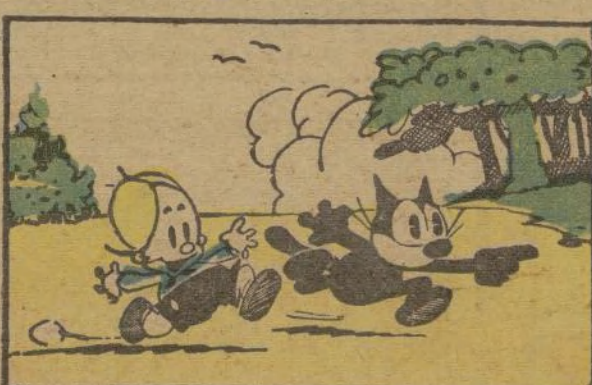
Bimbete entró en su casa llamando a grandes voces a su papá. Pero el papá de Bimbete no respondía, y el niño comenzó a "mosquearse", pensando si habría desaparecido el autor de sus días, o le habrían raptado los ladrones.



El pobrecito, que amaba tiernamente a su querido papaitito, salió berreando como un choto cuando le quitán la teta: —¡Ay, Felisito de mi alma! ¡Ay, querido gato de mi corazón! ¡Ay, que ha desaparecido mi papaitito! ¡Ay, mi papaitito!



Entonces Félix se conmovió mucho al oír aquello de papaitito, y salió dispuesto a perder el rabo o encontrar al papaitito de Bimbete, aunque le hubieran escondido en la barriga del caballo de bronce de la plaza Mayor.



Y como Félix era mucho más listo que Cardona, pronto encontró lo que Bimbete pedía, y fué a buscarle muy contento. —Ven, hermoso, no llores más, que se te van a caer las cejas. Ya encontré al papaitito. Ven tú, y no me llores, bejarane.



Y muy ufano, Félix enseñó su hallazgo: —Ahí lo tienes, hermoso, y no vuelvas a llorar, porque te va a crecer más la cabeza. Pero Bimbete rugió, indignado: —Ese no es mi papaitito, gato tripón.—¿Dónde estaría el papaitito de Bimbete?

(Continuará)